

Biblioteca de Ferrocarriles.

El Adorezo de Esmeraldas. (2)

POR

GUSTAVO A. BECQUER.

— original —

SANTIAGO

Imprenta COLON, segunda galería MacClure.

1877

1871

Printed and Published by J. W. ...

El Aderezo de Esmeraldas

Estábamos parados en la carrera de San Jerónimo, frente a la casa de Duran, i leíamos el título de un libro de Mery.

Como me llamase la atención aquel título extraño, i se lo dije así al amigo que me acompañaba, éste, apoyándose ligeramente en mi brazo, exclamó:

—El día está hermoso a mas no poder; vamos a dar una vuelta por la Fuente Castellana. Mientras dura el paseo, te contaré una historia en la que yo soi el héroe principal. Verás como, despues de oirla, no solo comprendes el título, sino

que te lo esplicas de la manera mas fácil del mundo.

Yo tenia bastante que hacer; pero como siempre estoi deseando un pretesto para no hacer nada, acepté la proposicion, i mi amigo comenzó de esta manera su historia:

—Hace algun tiempo, una noche en que salí a dar vueltas por las calles, sin mas objeto que el de darlas, despues de haber examinado todas las colecciones de estampas i fotografias de los establecimientos, de haber escojido con la imaginacion delante de la tienda de los Saboyanos los broncees con que yo adornaria mi casa, si la tuviese, de haber pasado, en fin, una revista minuciosa a todos los objetos de arte i de lujo espuestos al público detras de los iluminados cristales de las anaquelarias, me detuve un momento ante la de Samper.

No sé cuánto tiempo haria que estaba allí regalando con la imaginacion a todas las mujeres guapas que conozco, a ésta un collar de perlas, a aquella una cruz de brillantes, a la otra unos pendientes de amatistas i oro. Dudaba en aquel punto a quién ofreceria, que lo mereciese, un

magnífico aderezo de esmeraldas, tan rico como elegante, que entre todas las otras joyas llamaba la atención por la hermosura i claridad de sus piedras, cuando oí a mi lado una voz suave i dulcísima exclamar con un acento que no pudo ménos de arrancarme de mis imaginaciones: «¡Qué hermosas esmeraldas!!»

Volví la cabeza en la dirección que habia oído resonar aquella voz de mujer, porque solo así podia tener un eco semejante, i encontré, en efecto, que era una mujer hermosísima.

No pude contemplarla mas que un momento, i sin embargo, su belleza me hizo una impresión profunda.

A la puerta de la joyería de donde habia salido, estaba un carruaje. La acompañaba una señora de cierta edad, muy jóven para ser su madre, demasiado vieja para ser su amiga. Cuando ambas hubieron subido a la carretela, partieron los caballos, i yo me quedé hecho un tonto, mirándola ir hasta perderla de vista.

¡Qué hermosas esmeraldas! habia dicho. En efecto; las esmeraldas eran bellísimas: aquel collar, rodeado a su garganta de nieve, hubiera parecido una guir-

nalda de tempranas hojas de almendro, salpicadas de rocío; aquel alfiler sobre su seno, una flor de loto cuando se mece sobre su movible onda, coronada de espuma. ¡Qué hermosas esmeraldas! ¿La deseará ocaso? I si las desea, ¿por qué no las posee? Ella debe ser rica i pertenecer a una clase elevada; tiene un carruaje elegante, i en la portezuela de ese carruaje he creído ver un noble blason. Indudablemente hai en la existencia de esa mujer algun misterio.

Estos fueron los pensamientos que me ajitaron despues que la perdí de vista, cuando ya ni el rumor de su carruaje llegaba a mis oídos. I en efecto, en su vida, al parecer tan apacible i envidiable, habia un misterio horrible. No te diré cómo, pero yo llegué a penetrarlo.

Casada desde mui niña con un libertino que, despues de disipar una fortuna propia, habia buscado en un ventajoso enlace el mejor espediente para gastar otra ajena; modelo de esposas i de madres, aquella mujer habia renunciado a satisfacer el menor de sus caprichos para conservar a su hija alguna parte de su patrimonio, para mantener en el exterior

el nombre de su casa a la altura que en la sociedad habia tenido siempre.

Se habla de los grandes sacrificios de algunas mujeres. Yo creo que no hai ninguno comparable, dada su organizacion especial, con el sacrificio de un deseo ardiente, en el que se interesan la vanidad i la coquetería.

Desde el punto en que penetré el misterio de su existencia, por una de esas extravagancias de mi carácter, todas mis aspiraciones se redujeron a una sola: poseer aquel aderezo maravilloso, i regalárselo de una manera que no lo pudiese rechazar, de un modo que no supiese ni aun de qué mano podia venir.

Entre otras muchas dificultades que desde luego encontré a la realizacion de mi idea, no era seguramente la menor que, ni poco ni mucho, tenia dinero para comprar la joya.

No desesperé, sin embargo, de mi propósito.

¿Cómo buscar dinero? decia yo para mí, i me acordaba de los prodijios de las *Mil i una noches*, de aquellas palabras cabalísticas, a cuyo eco se abria la tierra i se mostraban los tesoros escondidos, de

aquellas varas de virtud tan grande que, tocando con ellas en una roca, brotaba de sus hendiduras un manantial no de agua, que era pequeña maravilla, sino de rubíes, topacios, perlas i diamantes.

Ignorando las unas, i no sabiendo dónde encontrar la otra, decidí por último escribir un libro i venderlo. Sacar dinero de la roca de un editor no deja de ser milagro; pero lo realicé.

Escribí un libro orijinal, que gustó poco, porque solo una persona podia comprenderlo; para las demas solo era una coleccion de frases.

Al libro lo titulé *El aderezo de esmeraldas*, i lo firmé con mis iniciales solas.

Como yo no soi Víctor Hugo, ni mucho menos, escuso decirte que por mi novela no me dieron lo que por la última que ha escrito el autor de *Nuestra Señora de Paris*; pero con todo i con eso, reuní lo suficiente para comenzar mi plan de campaña.

El aderezo en cuestion valdria como cosa de unos catorce a quince mil duros, i para comprarlo contaba ya con la respetable cantidad de tres mil reales: necesitaba, pues, jugar.

Jugué, i jugué con tanta decision i fortuna que en una sola noche gané lo que necesitaba.

A propósito del juego, he hecho una observacion en la que cada dia me confirmo mas i mas. Como se apunte con la completa seguridad de que se ha de ganar, se gana. Al tapete verde no hai que acercarse con la vacilacion del que va a probar su suerte, sino con el aplomo del que llega por algo suyo. De mí sé decirte que aquella noche me hubiera sorprendido tanto el perder, como si una casa respetable me hubiese negado dinero con la firma de Rotschild.

Al otro dia me dirigí a casa de Samper. ¿Creerás que al arrojar sobre el despacho del joyero aquel puñado de billetes de todos colores, aquellos billetes que representaban para mí cuando ménos un año de placer, muchas mujeres hermosas, un viaje a Italia, i *Champagne* i vegueros a discrecion, vacilé un momento? Pues no lo creas: los arrojé con la misma tranquilidad, ¡qué digo tranquilidad! con la misma satisfaccion con que Buckingham, rompiendo el hilo que las sujetaba, sembró de perlas la alfombra del palacio de su amante.

Compré las joyas i las llevé a mi casa. No puedes figurarte nada mas hermoso que aquel aderezo. No estraño que las mujeres suspiren alguna vez, al pasar delante de esas tiendas que ofrecen a sus ojos tan brillantes tentaciones; no estraño que Mefistófeles escojiese un collar de piedras preciosas como el objeto mas a propósito para seducir a Margarita: yo, con ser hombre i todo, hubiera querido, por un instante, vivir en el Oriente i ser uno de aquellos fabulosos monarcas, que se ciñen las sienes con un círculo de oro i pedrería, para poder adornarme con aquellas magníficas hojas de esmeraldas con flores de brillantes.

Un *gnomo* para comprar un beso de una *silfa* no hubiera logrado encontrar entre los inmensos tesoros que guarda el avaro seno de la tierra, i que ellos solos conocen, una esmeralda mas grande, mas clara, mas hermosa que la que brillaba, sujetando un lazo de rubíes, en mitad de la diadema.

Dueño ya del aderezo, comencé a imaginar el modo de hacerlo llegar a la mujer a quien lo destinaba.

Al cabo de algunos días, i merced al

dinero que me quedó, conseguí que una de sus doncellas me permitiese colocarlo en su guarda-joyas, sin ser vista; i a fin de asegurarme de que por su conducto no habia de saberse el orijen del regalo, la dí cuanto me restaba, algunos miles de reales, a condicion de que, apénas hubiese puesto el aderezo en el lugar convenido, abandonaria la corte para trasladarse a Barcelona. En efecto, lo hizo así.

Juzga tú cuál no seria la sorpresa de su señora, cuando, despues de notar su inesperada desaparicion, i sospechando que tal vez habia huido de la casa llevándose alguna cosa, encontró en su *secrtaire* el magnífico aderezo de esmeraldas. ¿Quién habia adivinado su pensamiento? ¿Quién habia podido sospechar que aun recordaba de cuando en cuando aquellas joyas con un suspiro?

Pasó tiempo i tiempo. Yo sabia que conservaba mi regalo, sabia que se habian hecho grandes dilijencias por averiguar cuál era su orijen, i sin embargo, nunca la ví adornada con él.—¿Desdeñará la ofrenda? ¡Ah! decia yo ¡si supiese todo el mérito que tiene ese regalo; si supiese

que apenas le supera el de aquel amante que empeñó en invierno la capa para comprar un ramo de flores! Creerá tal vez que viene de mano de algun poderoso que algun dia se presentará, si lo admiten, a reclamar su precio. ¡Cómo se engaña!

Una noche de baile me situé a la puerta de Palacio, i confundido entre la multitud, esperé su carruaje para verla. Cuando llegó éste i, abriendo el lacayo la portezuela, apareció ella radiante de hermosura, se elevó un mormullo de admiracion de entre la apiñada muchedumbre. Las mujeres la miraban con envidia, los hombres con deseo; a mí se me escapó un grito sordo e involuntario. Llevaba el aderezo de esmeraldas.

Aquella noche me acosté sin cenar; no me acuerdo si porque la emocion me habia quitado las ganas o porque no tenia qué: de todos modos era feliz. Durante mi sueño creí percibir la música del baile i verla cruzar ante mis ojos, lanzando chispas de fuego de mil colores, i hasta me parece que bailé con ella.

La aventura de las esmeraldas se habia traslucido, siendo objeto, cuando apa-

reció en su *secretaire*, de las conversaciones de algunas damas elegantes.

Después de haberse visto el aderezo, ya no quedó lugar a dudas, i los ociosos comenzaron a comentar el hecho. Ella gozaba de una reputacion intachable. A pesar de los estravíos i del abandono en que su marido la tenia, la calumnia no pudo jamas elevarse hasta el alto lugar en que la habian colocado sus virtudes; sin embargo, en esta ocasion comenzó a levantarse el *venticello* por donde comienza, segun Don Basilio.

Un dia en que me hallaba en un círculo de jóvenes, se hablaba de las famosas esmeraldas, i un fátuo dijo al fin, como terminando la cuestion:

—No hai que darle vueltas: esas joyas tienen un oríjen tan vulgar, como todas las que se regalan en este mundo. Pasó ya el tiempo en que los jeníos invisibles ponian maravillosos presentes debajo de la almohada de las hermosas, i el que hace un regalo de ese valor es con la esperanza de la recompensa... i esa recompensa, ¡quién sabe si se cobraría adelantada!...

Las palabras de aquel necio me suble-

varon, i me sublevaron, sobre todo, porque encontraron eco en los que las oían. No obstante, me contuve. ¿Qué derecho tenia yo para salir a la defensa de aquella mujer?

No habia pasado un cuarto de hora, cuando se me ofreció la ocasion de contradecir al que la habia injuriado. No sé a propósito de qué le contradije; lo que te puedo asegurar es que lo hice con tanta aspereza, por no decir grosería, que de contestacion en contestacion sobrevino un lance. Era lo que yo deseaba.

Mis amigos, conociendo mi carácter, se admiraban, no solo de que hubiese buscado un desafio por una causa tan fútil, sino de mi empeño en no dar ni admitir esplicaciones de ningun jénero.

Me batí, no sé decirte si con fortuna o sin ella, pues aunque al hacer fuego ví vacilar un instante a mi contrario i caer redondo a tierra, un instante despues sentí que me zumbaban los oidos i que se oscurecian mis ojos. Tambien estaba herido, i herido de gravedad en el pecho.

Me llevaron a mi pobre habitacion, presa de una espantosa fiebre... Allí... no sé los dias que permanecí, llamando a vo-

ces no sé a quién... a ella, sin duda. Hubiera tenido valor para sufrir en silencio toda la vida, a trueque de obtener al borde del sepulcro una mirada de gratitud; ¡pero morir sin dejarle siquiera un recuerdo!

Estas ideas atormentaban mi imaginación en una noche de insomnio i de calentura, cuando ví que se separaron las cortinas de mi alcoba, i en el dintel de la puerta apareció una mujer. Yo creí que soñaba; pero no. Aquella mujer se acercó a mi lecho, a aquel pobre i ardiente lecho en que me revolcaba de dolor; i, levantándose el velo que cubria su rostro, dejó ver una lágrima suspendida de sus largas i oscuras pestañas. ¡Era ella!

Yo me incorporé con los ojos espantados; me incorporé i... en aquel punto llegaba frente a casa de Duran...

—¡Cómo! exclamé yo, interrumpiéndole al oír aquella salida de tono de mi amigo; ¿pues no estabas herido i en la cama?

—¡En la cama!... ¡ah! ¡qué diantre!... Se me habia olvidado advertirte que todo esto lo vine yo pensando desde casa de

Samper, donde, en efecto, ví el aderezo de esmeraldas i oí la exclamacion que te he dicho, en boca de una mujer hermosa, hasta la Carrera de San Jerónimo, donde un codazo de un mozo de cuerda me sacó de mi abstraccion frente a casa de Duran, en cuyo escaparate reparé en un libro de Mery, con este título: *histoire de ce qui n'est pas arrivé*, «historia de lo que no ha sucedido.» ¿Lo comprendes ahora?

Al escuchar este deseulace no pude contener una carcajada. En efecto, yo no sé de qué tratará el libro de Mery; pero ahora comprendo que con ese título podría escribirse un millon de historias a cual mejores.

FIN.

